

Relatos breves

Álvaro Palma Tara

Eric Fernández Luna

Fernando Chico de Guzmán

Francisco Carvajal Gómez

Irene Rivas Jiménez

Marichu García Trejo

Marta Eulalia Martín Fernández

Roberto García Cáceres

Roberto Márquez Bonilla

Úrsula León Jiménez

Un tipo bajo mi cama

Eric Fernández Luna

Hay un tipo debajo de mi cama. Lo descubrí anoche, cuando intentaba dormir.

Compartía cama con el insomnio, alternando mi desesperación boca arriba, boca abajo y de costado. Según los caprichos de éste. Empecé a escuchar aquel ruido. Un murmullo monótono que, en principio, achaqué a la carcoma. Pensé que esos malditos bichos estarían cebándose, de nuevo, con las entrañas de mi armario. Pero aquel ruido provenía de debajo del colchón. Eso no era lo usual. Deteniendo mi respiración, me mantuve a la escucha. Podía oírlo con absoluta claridad. Ras—ras—ras. Arrítmicos golpes de serrucho frotando y puliendo alguna superficie desconocida. Mi curiosidad y mis ganas de dormir se batieron en un pulso. Hasta que Morfeo perdió la resistencia. Liberándome de sábanas y mantas, encendí la lámpara de la mesilla y me acuclillé para echar un vistazo.

Lo hice con reservas. Esperaba encontrarme algún insecto despistado, o quizá, un ratón. Ésta es una casa de renta antigua, con cisterna en el techo del baño y puertas que no siempre encajan en el quicio. Un bicho de estas características habría sido lo deseado. Pero no era ningún bicho. Lo que encontré al alzar, debajo de la ropa de cama que colgaba del costado, fue el rostro perplejo de un desconocido. Un tipo calvo, con una profusa barba oscura. Como Ginsberg. Como Bakunin. El tipo estaba arrinconado en la esquina del cuarto, tendido bajo el somier, sosteniendo en la mano un hueso de pollo, que roía con desesperada devoción. Yo solté un «¡Joder!» antes de caer al suelo del susto. Al instante, se hizo el silencio.

El murmullo había cesado, pero no me percaté hasta lograr armarme con lo que tenía más a mano. Cogí un paraguas. Era un arma endeble, aunque aquel extraño tampoco parecía ser una verdadera amenaza, escondido ahí debajo, royendo un hueso. No obstante, no quise pecar de incauto.

— ¡Tú, sal de ahí!— le increpé, golpeando el colchón con el mango del paraguas. No ofreció respuesta.

Volví a gritar, dotando a mi timbre de voz de mayor autoridad.

Silencio.

— ¡Voy a llamar a la policía!— insistí.

No sirvió de nada. Temiendo que todo fuera producto de mi imaginación y que el rostro de aquel hombre no fuera más que un residuo del sueño, hincé la rodilla en el suelo, sujetando el paraguas aún en actitud defensiva. Y lo vi. Observándome con aquellos ojos claros y grises. Sus pupilas tiritaban asustadas. Su disposición era tan sumisa como la de un perro al que sorprendes bebiendo agua del váter. Quieto, aunque tenso. Con las orejas gachas. Dejando pasar el chaparrón.

— Te he dicho que salgas de ahí.

Él abrió la boca como para decir algo, pero cambió de idea. Yo no estaba para bromas. Estaba cansado. Había tenido un día de esos en que se te chamuscan los nervios. «Charly, me dije, hoy montas un circo... Y los enanos se mudan a vivir bajo tu cama». Haciendo gala de mi malestar con un bufido, agarré la almohada y la manta y me dispuse a pasar la noche en el sofá. Fuera caía agua como si hubieran reventado las cañerías del cielo. Los resplandores al otro lado de la ventana daban cuenta de lo cerca que se encontraba la tormenta. Yo no tenía dinero en efectivo ni nada de valor en aquella habitación, así que, no me preocupaba dejarlo a solas. Antes de abandonar el dormitorio, le advertí tajantemente:

—¡Te puedes quedar hoy, pero ni se te ocurra dormir en mi cama! ¡Y por la mañana te largas!

La única salida posible desde mi cuarto hasta la calle, pasaba por el salón. Durmiendo allí, no se me escaparía. Y es que me parecía una crueldad sacarlo a patadas a la intemperie, tal y como se presentaba la noche. Preparé té. Me acomodé en el sofá e intenté conciliar el sueño, pero un buen número de temores absurdos se apoderaron de mí: «¿Y si era un loco, o un traficante de órganos, e intentaba destriparme mientras yo roncaba? ¿Y si era drogadicto, y me despertaba con el filo de una navaja acariciándome la yugular, y me obligaba a bajar al cajero para entregarle en mano lo suficiente para unos picos? «.

No lo conocía de nada. Ni a él, ni sus intenciones. Me levanté y aposté una silla contra la puerta del dormitorio. Si salía del cuarto, oiría la silla caer. Hice por tranquilizarme. El tipo realmente estaba royendo un hueso. Probablemente, él estaría más asustado que yo. La entrada al edificio era tan fácil como una chica de alterne de un club de carretera. La puerta se abría de un empujón. Cómo habría llegado hasta mi cuarto era otra historia. Debía haber aprovechado un descuido mío, al bajar la basura o al ir a por tabaco. No lo sé. Entretenido en estos pensamientos, conseguí esquivar el insomnio y me caí en un pesado e intranquilo sueño.

A la mañana siguiente, me dolía todo el cuerpo. El sofá era una oferta que mi casera debió encontrar apropiada para una columna vertebral que no fuera la suya. Me desperecé frente a la escasa luz que entraba por el balcón, hasta que recordé a mi invitado sorpresa. Acompañando mi resolución con el palo de la escoba, corrí decidido hasta mi cuarto. Me agaché frente a la cama. Y allí seguía. Mirándome con esos ojos absortos. Como drogado. O asustado. O

como si lo hubiera pillado masturbándose.

— ¿Vas a salir de ahí o qué? dije, entre conciliador y agresivo.

Se limitó a pestañear.

Ya me estaba cansando aquel juego. Irritado, empujé el somier hacia un lado. Apartándolo, pretendía dejar al intruso al descubierto. Pero he aquí que el tipo demostró una sorprendente agilidad, reptando hasta la nueva posición del somier. Escondiéndose, de nuevo, bajo el colchón.

— ¡Sal ya o será peor! Tengo amigos que te darán una paliza y limpiarán la sangre del suelo con tus greñas, amenacé por probar, aún cuando no dispongo de amigos de ese calibre.

Como si el asunto no fuera con él, me ignoró y volvió a roer aquel hueso.

— ¡No te lo estoy pidiendo por favor!

Arrodillado frente a la cama, comencé a hincarle el palo de la escoba en el pecho. Primero, con miedo a su reacción, luego con de— sesperación. En un arrebato, moví otra vez el somier y el extraño se me escabulló de nuevo. Era paciente y resbaladizo como una salamandra. Mi aplomo, al contrario que el suyo, tenía un límite. Además, estaba el asunto de las clases. No podía perder toda la mañana en echar a aquel tipo del apartamento. Cuando me di por vencido, agarré el abrigo y las llaves y salí de casa. Él ya sabía dónde estaba la puerta.

En la calle, una bocanada de gélida realidad me golpeó la cara. El frío y el viento húmedo de la ciudad conseguían que la mayor parte de los viandantes recorrieran a grandes zancadas la distancia entre el punto A y el punto B, sin detenerse. Sólo sus ojos se exponían al invierno. Las miradas barrían el suelo, como empeñadas en conservar el calor. Aquella mañana, las calles eran terreno hostil, en el que pocos se aventuraban a salir para echar un cigarrillo. Los autobuses surcaban la calzada emanando vapores y envueltos en vaho como si, en su interior, se estuviera celebrando una sesión de sexo grupal. Los titulares que ofrecían las portadas del kiosco de abajo no resultaban demasiado halagüeños. Hablaban de bombardeos en capitales orientales, del precio de la gasolina al alza y de esos dioses a la espera de sacrificios humanos, en los que se habían convertido los mercados. Más nubarrones para un día gris.

Ascendía por las escaleras de mi facultad, cuando sonó el teléfono. Era mi madre. Respondí con desgana y le ofrecí las típicas noticias tranquilizadoras que espera toda madre. «Que sí, que estoy comiendo bien. Claro que me abrigo lo suficiente. No, no he olvidado comprar paracetamol, por si las moscas». Por algún motivo, acudió a mi mente mi amigo, el okupa, quien, por cierto, debía seguir royendo su hueso bajo la cama de mi cuarto. Restándole importancia a la anécdota, se lo conté a mi madre, que tendió un largo silencio sobre el hilo telefónico. Pronto, sobrevinieron los gritos de temor, las preguntas sin respuesta y los reproches.

— Tranquila. Esta mañana lo eché de casa, mentí. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que lo dejara en la calle como un perro, bajo la lluvia?

Omití el detalle del hueso. Evidentemente, se trataba de un perturbado. Pero no quería preocuparla más de lo debido. Una madre es una madre. Desvié su atención hablándole de las clases y me deshice de ella, haciéndole ver que llegaba tarde.

Entré en clase.

Mónica me llamó después. Parecía interesada en verme. Muy interesada. Tanto que resultaba sospechoso, aunque su tono de voz no parecía anticipar malas noticias. Todo lo contrario. Menos mal. Le comenté que pensaba comer en el bar que hay junto a la facultad. Ella comería en casa. Muy bien, más tarde nos veríamos. Mónica se “dejaría caer” por mi piso sobre las cuatro. Allí estaría yo. Mi inquilino también. Ésa era otra. Si al regresar el tipo seguía allí tendría que darle unas cuantas explicaciones a Mónica.

Crucé la acera y entré en ese bar tan frecuentado por jubilados como por jóvenes estudiantes de escasos recursos, donde la calidad de la comida no se mide por estrellas Michelin, sino por la cantidad de ocasiones en que uno se chupa los dedos. De entrante, aceitunas y banderillas. Invita la casa. Vino. Pan casero calentito. De primero, un sabroso caldo de pollo, para entrar en calor. De segundo, conejo al ajo cabañil con patatitas cortadas a mano y no esa mierda, a base de fécula de patata, que venden en bolsas congeladas. Para rematar, un cafelito. Espresso. Agarré el periódico y hojeé el estado general del planeta, deteniéndome sólo en los titulares y en las fotos. Fotos terribles. Todas. Incluso las que mostraban a los grandes líderes. Ésas eran las peores. Dolía verles la cara cada día. Luego, sin tener claro el motivo (ya que esto no forma parte de mi rutina) busqué la página del horóscopo. Leo. Has recibido una visita inesperada y aún estás asimilando las repercusiones que tendrá para tu vida. Qué acertado. Repercusiones. No había pensado en ello. Volví a acordarme de aquel tipo.

Por supuesto, él no se había movido del sitio, aunque el hueso que ahora sostenía en la boca parecía nuevo. Agachado junto a la cama, desafiándolo con una mirada cargada de rencor, me pregunté si al menos habría salido para ir al baño. ¿De dónde sacaría los huesos? ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse?

Aquello se me estaba yendo de las manos. No podía permitir que ese individuo viviera ahí debajo indefinidamente.

— Mira — le expliqué, la chica con la que estoy saliendo, vendrá de un momento a otro. Si te ve ahí debajo, tendré que darle alguna explicación incómoda... ¡Ni siquiera sé qué haces aquí! No sé cómo va a reaccionar Mónica. Necesito que me ayudes. ¿Puedes salir ahora y volver dentro de un rato, cuando se haya ido?

El tipo hizo otro amago de abrir la boca para decir algo cuando, sin más, comenzó a ulular como un búho. «Uh, uh». La expresión de pasmado que se me debió quedar debía de ser mayúscula. El tipo empezaba a darme miedo. O tirria. O ganas de sacudirle con algo contundente. No supe cómo reaccionar, así que hice lo único que estaba en mi mano: salir del cuarto dando un portazo.

Mónica llegó al rato. Estaba en uno de sus días buenos. Parecía encantada de verme. Me rodeó con los brazos, tan pronto cruzó el portal. De puntillas, hizo resbalar su cuerpo contra el mío, hasta alcanzar mis labios con los suyos apretados en forma de beso. Iba especialmente atractiva aquella tarde, con un vestidito corto bajo el abrigo, botas altas y unos leggings. A mí, sin embargo, me costaba mantener la atención en otra cosa que no fuera el sujeto alojado en mi cuarto. ¿Cómo le explicaría a Mónica mi dilema? ¿Lo entendería? ¿La

asustaría? ¿Pensaría que soy un idiota sin carácter, que se deja convencer por el primero que se esconde bajo mi cama? Mientras estos pensamientos se llevaban la mayor parte de mi energía, la mano de Mónica se deslizó desde mi nuca hasta la parte baja de mi ombligo.

— Me he comprado un conjunto nuevo, susurró en mi oído. ¿Quieres verlo?

Así que era eso. Mónica tenía por costumbre mostrarme sus últimas adquisiciones en ropa interior de un modo muy ceremonioso. Pero, de ningún modo entraría al trapo. No, mientras ese tipo siguiera en la habitación. Decidí evitar los rodeos y contárselo todo. Ella escuchó mi relato, menos atemorizada de lo que yo esperaba. Lo que me hizo sentir como un pusilánime de primera, por cierto. A Mónica, todo aquello del tipo bajo mi cama le estaba resultando apertitosamente divertido.

Como si también ella formara parte de esta broma de mal gusto, interrumpió los últimos coletazos de la historia para proponerme una sesión amorosa en el dormitorio.

¿No has escuchado lo que te acabo de decir? Ese tío puede estar loco. Lo está, de hecho. No hace más que roer huesos...

— ¡Qué más da! Por lo que dices, parece inofensivo. Además, puede tener su morbo.

— Imagina. Nosotros ahí como si nada y él escuchando bajo la cama...

— Seguro que nos ignoraría. A él sólo le interesa su hueso. No seas idiota. Puede que hasta le dé corte y se vaya. ¡Ven!

Como si se tratara de una buena idea, me dejé arrastrar hasta el cuarto de la mano de Mónica, donde dio rienda suelta a sus dotes de interpretación. Desconozco si para provocarme o para estimularse ella. Me empujó sobre la cama, sentándose a horcajadas sobre mí y comenzó a desabrochar cada botón del vestido, imitando el balanceo de cadera propio de una bailarina de striptease. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que ella no creía realmente que hubiera nadie bajo mi cama. Debía pensar que no era más que una excusa o algún modo extraño de hacerme de rogar.

— Creo que esto no es buena idea— tartamudeé, irguiéndome.

— Sssh... Calla.

Mónica clavó sus colmillos en mi yugular, intentando someterme. Yo cerré los ojos e intenté concentrarme. Intenté excitarme, de verdad. Pero saber que ese tipo seguía debajo de nosotros le restaba fuerza al clima de sensualidad que ella trataba de instaurar. No se me levantaría ni de broma.

— En serio, Mónica, es mejor que lo dejes.

En sus ojos pude ver como la libido se iba transformando en rabia.

— ¿En serio? ¿¡En serio, Carlos!?! Así que hay un hombre bajo tu cama ¿no?... ¡Pues no veo a ninguno encima de ella!

¿Olvidé mencionar que Mónica es géminis? Insisto en que la relación entre los horóscopos y yo es muy esporádica, pero no sé a qué atribuir sus rotundos cambios de carácter, sino a esto. Pues sí. Gritó todo eso de un modo en que pudiera escucharla yo, el del hueso y toda la comunidad de vecinos. Su escote desapareció de mi vista y también el resto de ella. Salió de la habitación hecha una furia y se despidió con un portazo que hizo temblar los cimientos de

nuestra relación.

Ya estaba bien, me dije. Ya estaba bien. Aquello debía acabarse allí y en aquel momento. No iba a permitir que aquel andrajoso siguiera complicándome la existencia. Llamaría a la policía. Eso haría, sí. La llamé. Denuncié que un tipo había entrado en mi casa y solicité que una patrulla se acercara. Sí, no me movería de allí. Esperaría. Luego, entré de nuevo al dormitorio y desafié a aquel tipo. Le advertí de lo que pasaría si no se iba cuanto antes. No hubo reacción a mis amenazas. Tampoco la esperaba.

Dos agentes aparecieron al cabo de media hora. Respondían al tópico del poli bueno y el poli malo. El poli bueno me atosigó a preguntas de manual, tan pronto cruzó el umbral de la puerta. El poli malo se dedicó a husmear el ambiente, como buscando un ras tro de olor a marihuana, en lugar de tratar de encontrar a aquel pirado. «Por aquí », les indiqué, dirigiéndolos al cuarto. Entramos los tres al dormitorio y les señalé el colchón. El poli malo se arrodilló para echar un vistazo. El poli bueno esperaba a mi lado, con una mano sobre el arma reglamentaria y el walkie en la otra. El poli malo alzó la vista clavando los ojos en los de su compañero, para más tarde dirigirme a mí una mirada cargada de arrogancia policial.

—Aquí no hay nada, dijo.

«¿Qué? ». Reaccioné lanzándome cuerpo a tierra para comprobar, con mis propios ojos, que aquello era cierto. Efectivamente, bajo el colchón no había nadie. Murmuré algo como «¿Dónde cojones se ha metido ahora? ». Con ayuda de los agentes, rastreamos cada rincón de la habitación, cada armario de la casa, cada terraza o acceso a la azotea. Pero no encontramos a nadie. El tipo se había esfumado.

«Si esto ha sido una broma, chaval, no tiene ninguna gracia. Hay gente que tiene verdaderas urgencias », me escupió el poli malo, antes de que él y el poli bueno, que transmitía la falsa alarma por radio, salieran por la puerta.

Por alguna razón, mi versión de los hechos no les cuadraba del todo: la de un tipo escondido bajo mi cama, royendo un hueso de pollo... Yo sentía haber hecho el ridículo. Desde el día anterior no había recibido más que golpes y mi ánimo no rodaba muy por encima del suelo. Exhausto y aún algo confuso, me dejé caer sobre el colchón. Al menos, pensé, por fin me había quedado solo. Comenzaba a sentirme mejor cuando, sin llegar a creerlo, volví a escuchar aquel ruido. No era posible. Luego, el ruido cesó y lo sustituyó una voz bajo el colchón.

—¡Eh! ¡Eh, tú! Baja aquí. Quiero enseñarte algo.

Con temores reales sobre el estado de mi salud mental, y aun sabiendo lo que iba a encontrarme, me aproximé al borde de la cama y asomé la cabeza. Allí estaba aquel tipo. Agazapado, como el primer día. El extraño volvió a insistir, esta vez cara a cara.

— Ven, baja. Quiero enseñarte una cosa.

No sé por qué lo hice. De verdad que no. Pero sentí curiosidad. Auténtica curiosidad. De modo que me apeé de la cama, me tiré al suelo y me arrastré hasta situarme a su lado. Una vez allí, lo miré. Miré a ese tipo frente a frente. Y pregunté:

—¿Qué?

—¿No te parece que se siente uno a salvo aquí abajo? —contestó.
Y me ofreció su hueso.